

**POR FIN, UNA IDEA:
"ENTRE DOS MUNDOS"**

(Between Two Worlds) Producción: Warner Bros. Dirección: Edward A. Blatt. Intérpretes: John Garfield, Paul Henreid, George Tobias, George Coulouris, Sidney Greenstreet, Eleanor Parker, Edmund Green, Faye Emerson, Isabel Elsom, Sara Algood. Libro de Daniel Fuchs sobre una pieza teatral de Saitum Vane. Música: Erich Wolfgang Korngold. Fecha y sala de estreno: 12 de diciembre en Trocadero.

En un reciente reportaje tomado en Hollywood por nuestro compatriota Hugo Rocha, Gustav Machaty, el famoso director de "Exstis", se

le da de interesar al cine, ya que en su posibilidad como espectáculo ("Fraderas Verdes") o como drama de emoción ("El difunto protesta"). Pero el tránsito de uno a otro mundo, a través de un "entre dos mundos" — esto ya parece un alarde de inventiva que habría que calificar de macabro, si la película no tuviera el pudor de quitarse a la muerte sus ropas de luto.

Se trata, sustancialmente, por un lado, de un grupo de refugiados que en el momento en que se dirigen al barco que los llevará del teatro de la guerra son alcanzados y muertos por una bomba en un ataque aéreo y por otro lado, de una pareja de enamorados que se suicida al serle imposible huir del horror de la guerra. Todos ellos se encuentran por un azar de imaginación, en el barco que los conducirá, en su carácter de muertos, hasta el otro mundo, aunque las víctimas del bombardeo ignoran su actual estado, creyendo dirigirse hacia Estados Unidos como eran sus planes, ayudados en tal empresa por una nieta mental que les ahora preguntarse cómo y desde qué momento están allí. (Esta nieta profiere sobre todo al argumentista, que no se siente obligado a dar más explicaciones sobre la inverosímil situación de los personajes, esperando que, piadosamente, el espectador la acepte como un hecho consumado y no pregunte más). Sólo la pareja suicida y precisamente por haber querido la muerte, tiene conciencia de ella, claro está, con el camarero, un barquero Caronte personificado en la infelicitad de Edmund Green, pequetito, rechoncho, dulce, silencioso, comprensivo, paradójicamente sintético.

El nudo dramático de la película está, en primera instancia, en la natural angustia que en una reunión de muertos deben sentir los que saben que ya no viven, frente a los que creen todavía vivir y que como tales especulan con las humanas esperanzas. Aquellas quisieran destruías de un golpe, para aborrazarlas a éstas el alimbor de la ilusión vana.

En esta primera instancia, la película pisa el terreno falso de las frases ampulosas y de las actitudes patéticas, alentadas por el hecho de que el suicida, un pianista imposibilitado por neuritis de guerra, recobra al morir su genio adormecido, desahucado que el reino de los muertos era el que más convenía a sus facetas creadoras. El cronista anotó en esos pasajes el brillante trabajo de Paul Henreid que dice su parte con honda convicción, pero no pudo ocultar una sonrisa de excepcionalismo ante es-

lamenta de la chatura, de la falta de imaginación, de la condición "almibarada" y uniforme de la producción cinematográfica norteamericana de hoy. Idéntico lamento hemos proferido nosotros una y otra vez, aún a riesgo de no hacer crítica "constructiva", cuyo lema consiste en decir que lo bueno es muy bueno y que lo malo no es tan malo.

En medio de méritos y defectos que enumeramos, "Entre dos mundos" tiene por de pronto la virtud de apartarse del repliegue, la curriedo en una contravención a la rutina que gana por anticipado — antes de todo análisis — nuestra más gruesa aprobación.

cal y panamá impecables y queriendo saber, con veracidad si comadre, cómo quedaron en La Tierra, Fulano y Mengano — todo esto y la ingenuidad "lactea" de George Tobias y de Sara Algood y la dulzura californiana de Edmund Green, eran otras tantas puertas abiertas para que "Entre dos mundos" escapara a la trampa de las moralejas. Pero no. Sidney Greenstreet hace como que no vio aquella gran película de la temporada pasada que se llamó "El diablo dijo no". Pero hay todavía más: la pareja de suicidas, como quiera que sea, alimenta el rubro romántico de "Entre dos mundos" y no era capaz de administrar el an-

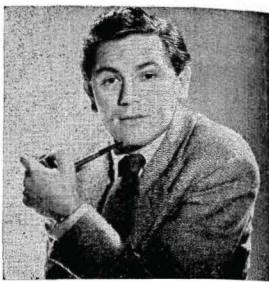
gólico diablo de Zubiateh y tornándose en serio su papel, escucha confesiones y distribuye sermones y sentencias, con detestable euanimidad.

Puede decirse que en ese preciso instante se juega el destino de la película como espectáculo absorbente. El argumentista lo sabe y prepara un golpe maestro, mezcla de farsa, de humor y de tragedia, en el que John Garfield culmina una escena de magia, acrobaticando con auténticos balazos al pecho de George Coulouris que no muere porque éste, como los demás, como el mismo, ya estaba muerto. La música que acompañaba el crescendo dramático de la escena, se corta bruscamente en lo más alto de la emoción. Se hace un silencio absoluto. La cámara, entonces se aleja lentamente y va tomando altura y en el fondo quedan suspendidos los personajes en un gesto teatral, de callada congoja.

A todo esto, nuestro dulce Caronte ha concluido su confortable barca hasta el fin del largo viaje; es decir, hasta un punto en que los caminos se bifurcan, debiendo un examinador decidir cual de ellos estas almas tomarán definitivamente. Hasta el atormentado George Tobias, comprende que se trata del Día del Juicio. Esta nueva alternancia entusiasma al espectador que a esta altura o ya se retiró de la sala o decidió que "Entre dos mundos" es una gran película.

El Día del Juicio era temible para los personajes por el propio inventario de sus pecados, a que daría lugar; pero lo era también para nosotros, porque toda la película podía desmoronarse al soplo del año moralizador con que "Entre dos mundos" aspiraba a edulzar una enseñanza en las ingenuas plateas puritanas. Desgraciadamente, "Entre dos mundos" no escapa a esta inútil docencia.

La fina y por momentos expresiva ironía que informa el personaje de John Garfield, que en un poco el pivote de la película y por otro lado la espléndida bromita de sustituir al solemnizador de barbas y gestos remotos, por un "terrenalino" gordo (más menudo que Sidney Greenstreet) luciendo tropi-



John Garfield, intérprete de "Entre dos mundos"

cal y panamá impecables y queriendo saber, con veracidad si comadre, cómo quedaron en La Tierra, Fulano y Mengano — todo esto y la ingenuidad "lactea" de George Tobias y de Sara Algood y la dulzura californiana de Edmund Green, eran otras tantas puertas abiertas para que "Entre dos mundos" escapara a la trampa de las moralejas. Pero no. Sidney Greenstreet hace como que no vio aquella gran película de la temporada pasada que se llamó "El diablo dijo no". Pero hay todavía más: la pareja de suicidas, como quiera que sea, alimenta el rubro romántico de "Entre dos mundos" y no era capaz de administrar el an-

gólico diablo de Zubiateh y tornándose en serio su papel, escucha confesiones y distribuye sermones y sentencias, con detestable euanimidad.

Puede decirse que en ese preciso instante se juega el destino de la película como espectáculo absorbente. El argumentista lo sabe y prepara un golpe maestro, mezcla de farsa, de humor y de tragedia, en el que John Garfield culmina una escena de magia, acrobaticando con auténticos balazos al pecho de George Coulouris que no muere porque éste, como los demás, como el mismo, ya estaba muerto. La música que acompañaba el crescendo dramático de la escena, se corta bruscamente en lo más alto de la emoción. Se hace un silencio absoluto. La cámara, entonces se aleja lentamente y va tomando altura y en el fondo quedan suspendidos los personajes en un gesto teatral, de callada congoja.

A todo esto, nuestro dulce Caronte ha concluido su confortable barca hasta el fin del largo viaje; es decir, hasta un punto en que los caminos se bifurcan, debiendo un examinador decidir cual de ellos estas almas tomarán definitivamente. Hasta el atormentado George Tobias, comprende que se trata del Día del Juicio. Esta nueva alternancia entusiasma al espectador que a esta altura o ya se retiró de la sala o decidió que "Entre dos mundos" es una gran película.

El Día del Juicio era temible para los personajes por el propio inventario de sus pecados, a que daría lugar; pero lo era también para nosotros, porque toda la película podía desmoronarse al soplo del año moralizador con que "Entre dos mundos" aspiraba a edulzar una enseñanza en las ingenuas plateas puritanas. Desgraciadamente, "Entre dos mundos" no escapa a esta inútil docencia.

La fina y por momentos expresiva ironía que informa el personaje de John Garfield, que en un poco el pivote de la película y por otro lado la espléndida bromita de sustituir al solemnizador de barbas y gestos remotos, por un "terrenalino" gordo (más menudo que Sidney Greenstreet) luciendo tropi-

Revisión del Año Cinematográfico

En nuestro próximo ejemplar — número de fin de año — hará la revisión y valoración de la actividad cinematográfica de 1944: clasificación de las mejores películas e intérpretes (y también de las piores) y en general, crítica de las directrices acusadas por esta temporada, seguramente la más pobre que han conocido nuestros cines de estreno de muchos años acá. Esta tarea estará a cargo de Homero Aulisio Thevenet por haber sido él quien, hasta hace muy poco tiempo, ejerció en nuestra publicación la crítica semanal de cada estreno. La oportunidad es excelente para que los lectores, que no olvidan la cartesa de sus juicios, vuelvan a ponerse en contacto con el estimado colaborador.

pre deleitamos a la gente que se empeña en contar el final de las películas, sobre todo si desparan alguna sorpresa.

Hemos releído hasta aquí nuestra crónica y en el vaivén de victorias y derrotas que atribuye, casi por igual, a "Entre dos mundos", cree reflejar su desigual calidad. Denunciando en todo momento su origen teatral — se trata de una adaptación de la pieza de Saitum Vane — "Entre dos mundos" es un esfuerzo por momentos penoso, por salvarse de la vulgaridad a la cual, sin embargo, sucumben en el último acto. Ese mismo esfuerzo le da a la película su carácter de heroico artificio, y una redondez tan costosa como la que alcanzan las piezas del rompe-cabezas cuando, después de muchos intentos, se juntan para representar, por fin, a "Alicia Paseando en Triunfo". Es otra libertad y otra entereza y no estas "ficciones" mentales, las que pueden llevar a producir la auténtica obra de imaginación.

Pero miremos en turno nuestra cine de propaganda, cine romántico, convencional, cine de propaganda otra vez, comedias híbridas y somnolientas, y más

cine de propaganda. La originalidad de "Entre dos mundos" no es la que apetece Machaty ni (humildemente) nosotros. Pero, en medio de clasificaciones y pifias, constituye esa cuota de cine distinto, con inquietudes, que Hollywood nos viene retrasando desde hace tanto tiempo.

La actuación descolante del elenco interpretativo — el más brillante, con holgura, del año cinematográfico — en el que se superan John Garfield, George Coulouris, Paul Henreid, Sara Algood, Edmund Green y George Tobias; la inteligente participación de Erich Wolfgang Korngold que sabe ser enfático sin pedantería (recuerda el lector la música de "El lobo de mar", también suya); el brío cinematográfico y el estilo sudar con que el director Edward Blatt conduce la acción de "Entre dos mundos", defendiéndola de su origen teatral, hacen más llevaderos sus abusos de imaginación y su ramplón desenlace, dándole a toda la película un estímulo tanto polémico que viene a remover las quietas aguas del cine "standard".

Si a usted le gusta decir sobre cine con sus amigos, no deje de ver "Entre dos mundos".